

FEROZ

de Mauricio Kartun

**Versión libre para títeres, teatro de sombras y actores, del cuento Juan Darien,
de Horacio Quiroga,**

ESCENA I

Un poblado mínimo del litoral más profundo. Un caserío apenas al borde de la selva; de la espesura monumental que se alza como una pared, como una pantalla tras la aldea haciéndola todavía más chiquita. Amanece. De a una las lucecitas de los faroles empiezan a titilar en cada ventana, aquí y allá. De algunas chimeneas el humo de los fogones. Los ruidos de la selva van subiendo con el sol. De pronto un rugido sordo. Rabioso. Y otro más. Desde las casitas empiezan a llegar gritos asustados:

- ¡Tigre! ¡Tigre!

- ¡Caque al tigre!

- ¡Ojo al piojo que anda fiera!

- ¡Tigre rondando!

- ¡Caque con el tigre!

- ¡Alimaña del diablo...! ¡Cada vez mas arrogante, más encopetado el indeseable, hasta las casas mismo se acerca el muy soberbio quiere creer!

- ¡Fieras, doña... Fieras y no hay más que hablar! Hoy se te arriman a la tranquera mañana los tenés en el fogón. No tienen un límite.

- ¡De chiquito hay que matarlos! De grande después se te encopetan, se te encocoran. ¡De chiquito hay que carnearlos!

- ¡Añá tigre!

Se encienden más luces en una casa y otra.

Unos personajes del pueblo más cerca, aquí y allá:

- ¡¿Qué pasó...? !

- En el molino de Nicanora... Una tigra parida tomando agua...

- El tate Chamorro la chució saliendo del alambrado... Como a achura la clavo. Jodete tigre. Por el cogote. Desastre de sangre ese alambrado. El cogote es muy sangrador...

- La cría escapó al monte... No anda lejos ese cachorro, ojo...

Tape: Antes de que dentre al monte, hay que darle caza a esa cría, eh...

- Darle un escarmiento a esa cría...

- Mala cría, darle palo...

Tape: Darle machete. Darle muerte... Acá de chiquito hay que darle muerte al tigre, no sea crezca y chau tu plata. Pedazo de tigre la que clavé... Un chuzaso y chau cachorro che... Acá el que lo vea... lo chucea...

**Las voces se van perdiendo con la luz de la mañana que ahora llega franca.
Desde lo alto del árbol más alto una sombra se desliza enorme y tremenda. Es Anaconda, la pitón.**

Anaconda: Amanece sobre el pueblo de la rabia. De la tirria, del rencor. Amanece y no aclara: la rabia es siempre nublada. A punto de tormenta es la rabia siempre. Amanece y no aclara de oscuras que están las almas por acá. No hay como el daño para juntarlos. Los pegotea como la savia del gomero el daño, los hace uno, el daño los hace masa.

Y entre tanto allá la rabia; allí en el rancho más alejado, aquel, ese dejado de la mano de Dios, al borde mismo de la selva: la tristeza. Una mujer llora sola y no hay nada que la saque del llanto. Un día entero hace que llora, y atiendan porque de ese llanto nace esta historia.

Sí. Yo acá soy la que cuento. Actora con gesto ademán habría sido de tener bracito. O tirititera a la marioneta, pero no, la serpiente es desmembradita, solo la voz le queda. Y la lengua partida. Y las usa. Habla raro, pero las usa.

Llora esa mujer al borde de una cuna vacía. Un día lleva llorando. Ayer en carreta de buey y cajón de sauce llevaron al cementerio a su niño de seis meses. Y viuda y sola en la vida junto a la cuna ahora la madre llora así...

Madre llora una vaga canción de cuna.

Escúchenla llorar que cuando una madre llora un himno suena, dicen.

Acá empieza la historia. La de verla. Yo quedo por acá. Dando vueltas para la de contarla. Dar vueltas es lo mejor que sabemos hacer las bichas. Las anacondas. Soy la pitón. La Pitonisa. Algunos dicen que leo el futuro. No les hagan caso. Patrañas. El pasado leo, nomás. Y lo cuento. Cosa rara: a los que leemos el pasado, a los que contamos, siempre nos dicen que adivinamos...

Desaparece en las sombras.

Un raro llanto lejano llega desde el patio.

Madre: Solito allá en el cielo, hijo mío, ni un ángel conocés... ¿Qué hace una criatura sola en el cielo si ni tiempo tuviste de conocer a nadie? A mí nomás... Ay, angustia... ¿Alguien te alza? **(Se seca bajo el escote con un trapo)** Lágrima de los ojos, leche de las tetas, todo el cuerpo llora. Un solo llanto soy, hijito que no está más. Hijito muerto. Voy a quemar en el patio esta cuna vacía, porque ese es el vacío tuyo. Con rabia voy a quemarlo. ¿Se podrán quemar los vacíos? ¿Prenden los vacíos? Tan mojado de lágrimas el mío, qué fuego podrá encenderte. **(Escucha el llanto lejano)** Dejé de llorame, vacío, dejé de llorarme recuerdo, que parece que él estuviera ahí todavía, bajo el

mosquitero del patio, una vaina de algarroba por sonajero. Angá sonajero...

Canta

Qué fuego, qué leña, qué brasa
consume a un vacío de amor...
Cual es la llama mejor
que lo enciende, que lo abrasa...
¿Cómo se quema el dolor?
¿Arde? ¿Enciende combustible?
Dame esa llama imposible,
ay Dios misericordioso,
dame ese fuego piadoso
que pueda al vacío encenderlo,
consumirlo, deshacerlo
por más mojado que esté,
de lágrimas inundado.
Que se vuelva al fin ceniza,
se lleve al vacío la brisa
y no deje ni su olor.
Hacé de mis lágrimas yesca,
que arda y desaparezca
el vacío y el dolor...

Voy a quemar esta cuna y haceme quemar con ella el vacío, Diosito, que el vacío no me para de hablar. Escuchalo. Escuchalo llorar afuera a mi vacío. Lloro igual que mi muchacho... ¡Callate vacío que me hacés llorar a mí! ¡Callate...!

Corre hacia afuera, fuera de sí.

Allí en las sombras camina al borde de la casa y se detiene junto a un pequeño bulto dormido. Lo levanta con cuidado.

Madre: Pero qué... Pero quién... ¿Adónde está tu madre, criatura de Dios...? ¿Justo a mí...? ¿Aquí tenías que venir? No... No...

Entra a la casa. Trae en los brazos un pequeño cachorro de tigre.

Madre: Mirate lo cansado, en el patio te me dormiste. Medio pueblo te anda buscando machete en mano. Roto de cansancio estás. El roto y la descosida... **(el cachorro busca acomodarse en sus brazos)** No, no... no te me acomodés te pido, no te acomodés que este vacío no es tuyo. Ajeno este vacío. Despertate y partí. Y que la suerte te ayude. Despertate y te pongo de la selva al borde y allí sabrás. Así, así, abrí los ojos y me ves. No soy quien pensás, no... ¿Me ves? ¡Asustate de mí y escapate que bastante tengo con el dolor mío!. No, no... Acomodarse no... Ocupar el vacío no, te lo pido... Blandito y tibio sos, no me hagás esto. ¿La teta buscás? ¿Buscás la teta, encima, roto? Muerto de hambre el roto, y la descosida con las tetas que le explotan. Puede ser tan taimada la vida... No me busques te lo pido... No me busques que me vas a encontrar... Que me vas a encontrar... Que me vas... **(Llorando lleva al cachorro a su pecho y empieza a amamantarlo)** ¿Pero qué estoy haciendo...? ¿Una vida vale otra vida...? Una vida vale otra vida... Alguna vez lo escuché por ahí.

El cachorro come con fruición. La madre empieza a tararear aquella canción de cuna. Desde algún lado la música la acompaña como un pequeño concierto amoroso. Como un halo la

música ilumina al pueblo, radiante ahora por primera vez. El cachorro rezongando, gruñendo, se ha vuelto a dormir. La madre busca dónde acostarlo. Mira la cuna. Duda. Duda.

Madre: No, en la cuna no... Un respeto al vacío...

Lo acuesta amorosamente en una alfombra de junco. No termina de acomodarlo que suenan en la puerta unos golpes violentos. Se interrumpe la música y el cielo plomizo cubre de nuevo el pueblo. Vuelve a alzarlo y no sabe qué hacer con él. Afuera en las sombras el Tape Chamorro, bruto machete en mano, golpea.

Tape Chamorro: ¡Abrime gente, te pido, que de lejos vengo oliendo fiero! ¡Oliendo fierita! Fuerte la salvajina, la hedentina, por acá anda tigre como que me llamo Chamorro. Lo huelo... lo escucho... acá anda fiero nomás te digo... Abrime mujer o estás sorda...

Adentro la madre no sabe qué hacer, recorre el rancho agitada.

Como que soy cazador tigrero, acá anda la cría, la mala cría, como que soy trampero y cuereador, eh..

Abrime gente que estás en peligro... Un machetazo en la sangradera y chau bicho. A juntarte con tu madre, bicho. Un machetazo limpio abajo para no arruinarle el cuerito. ¿Abrías o no abrías? Ojo que topo.

Madre: Estoy... yendo... Estoy... yendo...

Mientras el tape golpea, la madre se escabulle por la puerta de atrás. Da un par de pasos afuera y se detiene aterrorizada. Frente a ella, a unos pasitos nomás, Anaconda le cierra el paso.

Anaconda: Chito la boca, criolla, que un grito y lo tenés al tape al trote rodeando el rancho por el alerito. Y viene mil veces peor tape tigrero que clava, que bicha vieja que habla, digámoslo sencillo.

Madre: ¿Habla?

Anaconda: Si te tengo que hacer señas vamos muertas. Escuchá y callá que el tiempo corre. Tu corazón de madre te ha permitido salvar una vidita del universo. Acá, donde todas las vidas tienen el mismo valor aunque la de los bichos las pongan ustedes baratas al mostrador. Y gratis la más de las veces nomás te digo. Nadie en el pueblo te va a entender y querrán darle machete a tu nuevo gurí. Pero ahora dejá ese miedo durito acá afuera y entrá allá adentro tranquila y blanda. Vos blanda. Nunca lo reconocerán te lo dice Anaconda. Pitonisa. Tranquila. Dale de mamar que por allí le irá lo humano. Formá su corazón y enséñale a ser bueno como vos que no lo van a reconocer.

Madre: ¿Un... conjuro...?

Anaconda: Ustedes le ponen a todo nombre raro. Decile naturaleza y no perdás tiempo.

Gritos y golpes del tape.

Madre: ¿Y como sé que así será?

Anaconda: Porque en algo hay que creer, madre de mi alma. Y si no te alcanza anaconda que habla decime vos qué te mando para que creás... **(la madre asiente asustada)** Vaya tranquila madre. Tranquila pero corriendo que el bruto va a echar la puerta abajo.

Tape: Doy topetazo y entro, eh... Ojo que doy topetazo...

Anaconda desaparece en la espesura. La madre entra al rancho y busca dónde esconder al cachorro. Mira la cuna. Duda. Duda. Y finalmente corre el mosquitero y lo deposita entre sus sabanitas. Va hacia la puerta, se recompone y abre con gesto seguro enfrentando al tape que con envión de topetazo pasa de largo adentro.

Tape: Lo que tardaste, gente... Si así sos para abrir la puerta no te encargo una bufanda...

Madre: Hacía mis cositas...

Tape: De cuestiones de gravedá estamos acá hablando. Hay tigre que merodea o ha estado sorda.

Madre: Por acá tigre no tengo visto...

Tape: Porque no tenés vista de cazador...

Madre: Ni tengo escuchado...

Tape: Ni oído de cazador tenés. **(Huele)** Lo vengo venteando desde las casas. En el pueblo me preguntan porque no ando con perros. Para qué quiero perros yo si perro de presa soy. No lo tendrás oído ni visto, gente, pero por acá anda alimaña como que me dicen Tape. Acá en la nariz lo siento... Salvajina... Olfato de cazador...

El tape busca por la casa. Y busca. Y llega al fin a la cuna. Madre se aterra. Empuñando el machete con fuerza extiende con gran cuidado la mano hacia el mosquitero. Y lo quita de un tirón. Apoyándose en el borde de la cuna un bebe rubicundo y coloradote se alza balbuceando y agitando como sonajero una vaina de algarrobo.

Tape: Co...lorado está el tomate... ¿Y éste?

Madre: El hijito mío ¿no ve?

Tape: Miralo vo al gentecito... Qué cara de cachafaz. Este va para bravo, eh... ¿Y como se llama?

Madre: Juan... Se llama Juan. Juan Darién.

Tape: Lo que sí y no lo tome a ofensa, doña: algo hediondo lo tiene al gurí.

Madre: Habrá hecho las cositas suyas. A la palangana lo lavo ahora afuera.

Tape: Cositas bestiales habrá hecho... Habría jurado que acá había tigre por la Virgen de Itatí. La dejo con sus quehaceres, gente... Y perdone la entromesión. **(Saliendo)** Ya va a aparecer esa cría en alguna picada del monte. Ya la encontrará mi chuza en alguna picada che...

Sale.

Madre va hacia la cuna como encandilada. Se arrodilla y el niño ríe y le acaricia la mejilla. Ella llora. Y la luz se va.

ESCENA II

Desde la selva ronda Anaconda.

Anaconda: Pasó un año y otro año y varios más. Y Juan creció robusto y buenaso. De esos buenosos grandotes y callados que la gente gusta burlar. Inteligente no era, no, pero aplicado decía la señorita maestra. Y de no faltar nunca. Pero nunca. Ni con la lluvia torrencial de la selva faltaba. Ahí cuando nadie llegaba, Juan entraba se sacaba la capa de lona encerada y se sentaba silencioso como siempre al pupitre entintado. Su capa de lona pampero. Como un cuero. Parece que a este salvaje le gustara el chubasco decía la señorita. Y Juan callaba. Pocas cosas le gustaban más que andar bajo la lluvia, bajo su cuero. Andando el sendero junto a la selva desde el rancho a la escuelita con la lluvia en la cara.

En el rancho, la madre termina de emperifollarlo a Juan de blanco guardapolvo.

Madre. Y no me lo ensucée como siempre al guardapolvo.

Juan: Si se llama guarda polvo para algo será...

Madre: Pero no quiere decir que lo revuelque al suelo. Mire los fondillos esos. Los codos... Usted es un niño no un... no un... Y a la escuela me va derecho, eh. Ya lo he visto meterse en una picada. ¿Qué tiene que hacer usted en el monte? Que estudiar tiene usted. Mire el farmacéutico lo bien que lo pasa acá en el pueblo. Y el tenedor de libros del obraje. ¿Porqué? Porque estudiaron. ¿Qué porvenir tiene en el monte? ¿Hachero?.

Juan: Me tira el monte...

Madre: ¡Se lava la boca que usted no es cabra!

Juan: Juancito Juancito parece que me dijera... Como un ruido a agua grande, a cascada... Juancito Juancito... ¿Quiere creer? Sueño siempre con cascada... La selva me da una ganas, mama...

Madre: **(Disimulando)** A los libros le tiene que entrar usted no a las picadas.

Juan: No me da la cabeza a mí. Medio animal, dicen...

Madre: ¡No diga eso! ¡Eso sí que no lo diga nunca! ¡Pero nunca! ¿Quién dice?

Juan: A veces varios... A veces todos... Y siempre uno: el Tapecito Chamorro. Todo el día, el Tapecito Chamorro. Hijo de tigre me dice, por las chuzas. A veces me dan ganas de agarrarlo y...

Madre: ¡Y nada! Mi hijo no pelea. Jurado me lo tiene. Mi hijo no es fiera para luchar. Nunca Juan. Pero nunca nunca. Pase lo que pase. Te diga lo que te diga. Juan quieto. Me lo prometiste, Juan. Juan quieto. Juan quieto. Y renovamos promesa cada año. Tremendo lo que puede pasar si no cumplimos promesa ¿Te burla el tapecito?: hijo de trampero decile vos bajito. Petizo carapé, el padre en chiquito ese gurí. Pero prométeme que pelearse nunca. Tremendo lo que puede pasar.

Juan: Que tengo crin de animal, me dicen.

Madre: Pelitos sedosos, mas se quisieran.

Juan: Y ojos con luz adentro...

Madre: Para encandilar guainas cuando le toque. ¿No hay ninguna muchachita que le guste...?

Juan: (**Avergonzado**) Ella también me farrea...

Madre: ¿Anahí? ¿Itatí? ¿Panambí?

Juan: Irupé...

Madre: Las mujeres somos así. Usted animeselé y va a ver como afloja. Usted quieto, callado y atento, Juan Darién. Y ahora a la escuela, derecho por el sendero. Ni un paso dentro la selva...

Juan la abraza y parte. Su sombra recorriendo el sendero. Multitud de mariposas como una nube de colores. Pasan unos pájaros y se posan junto al camino. Y Juan se queda quieto como estatua mirándolos desde allí. Y paso a paso se acerca y se acerca y cuando los tiene a tiro de mano y parece que va a agarrarlos los asusta en cambio de un grito y riendo sigue su camino. Desde lo profundo de la selva sus ruidos como un ritmo hipnótico lo llaman una vez más. Se para de pronto frente a una picada que se abre hacia el monte.

Canta el:

Batuque de la selva

Como brazo llamando se mueve esa rama
la selva me tira, la selva me llama.
Las patas me enriedas, enredadera
La selva me tira, la selva me espera.
Como flecha indica la flor de la achira.
La selva me espera, la selva me tira.
Una flor llamando arriba se agita
La selva me toma. La selva me invita.
Me llama el arroyo y el olor a menta.
Me invita, me llama, me tira, me tienta...
Me enrieda, me chupa, me arrastra violenta...

Se escapa corriendo de la picada.

Juan: No... No... Diosito querido de la naturaleza que mama amada me ha enseñado a amar, librame de la tentación de la selva... No me hagas caer en ella... No me hagas caer...

Se pierde en las sombras. Anaconda desde lo alto de los árboles lo mira sacudiendo la cabeza.

Anaconda: Si fuera tan fácil chango... Si tan fácil fuera...

ESCENA III

Aula de la escolita. La señorita maestra intenta infructuosamente callar a los niños. Entra Juan y un rumor burlón corre por los bancos. Juan se sienta adelante.

Señorita: Y ahora callados y mansos escribiendo composición. Las cabecitas sobre el cuaderno.

Mansitos y pensativos, mordiendo a veces el lápiz que les queda bonito, así los quiere señorita maestra. De dos pedaleadas voy hasta la despensa que la yerba se ha acabado y recreo sin cocido no es recreo ni nada es. Ojo al piojo que a la vuelta les tomo. Dos pedaleadas...

Sale. Su sombra cruzando el pueblo en bicicleta.

En el aula un instante de silencio como el silencio ese que precede al trueno y de pronto estallan todos a la vez. Gritan, se pelean. Juan callado intenta escribir.

Uno: ¿Viste primo lo que le pasó a Darien?

Dos: ¡No!, ¿que pa e, primo...?

Uno: Una torcaza le hizo nido entre las chuzas..

Uno: ¿A ver...?

Despeina a Juan que le saca la mano y sigue escribiendo con paciencia.

Irupé: No ves que si no te defendés te arruinan. Tenés que defenderte vos Juan...

Juan: No soy de pelear yo...

Irupé: Defenderse no es pelear. Al final que tenés jabón vamos a pensar. Que sos lauchita vamos a pensar.

Juan: Yo laucha no, Irupecita...

Dos: ¡Irupeiiiiita! ¡Le gusta Irupeiiiiita! ¡Se mea el muy perrito! Ojo Tape que te saca a la Irupecita...

Irupé: Defendete Juan...

Juan: Yo no peleo...

Tapecito: De más alcahuete sos, Darién... Demás alcahuete.

Cantan a coro el estribillo maldito.

Ni ojo por ojo,
ni diente por diente
acá hay que darle al diferente.

Bis.

Cada uno ahora burlando a algún otro.

Éste es negrito cambá,
y él, petizo curepé.
Y éste se hace pis encima
así como usted lo ve.

Éste que es tape mataco.

Éste pánfilo es un pancho.
Vos esqueleto de flaco.
Y vos nuestro gordo chancho.

Coro

¡Ni ojo por ojo,
ni diente por diente
acá el que cobra es el diferente.

Bis.

Vos, porteño curepí.
Aquel piraña dentudo.
Éste pantalla orejudo,
todos le dicen así.

Aquel es culo sillón,
y ésta es piernas de maceta.
Este mota virulana.
¡Cabezona!
¡Narigueta!

Coro

Qué ojo por ojo,
ni diente por diente,
acá el que cobra es el diferente.

Bis.

Todos somos diferentes
de cuerpo, de cara y de modo,
pero hay algo que nos une...
¡Tener uno al que darle todos!

Siempre hay algo que nos une,
nos engancha como a un tren:
Tener uno al que darle juntos...
Tener uno al que darle todos...
Tener uno al que darle bien:
¡Juan!
¡Darién!

Lo cascan a Juan que sigue sin defenderse.

Tapecito: Demás alcahuete sos, Juan.

Irupecita: Defendete que te pasan como alambre caído...

Juan: No. Juan quieto.

Tapecito: Semejante tufo, Darien... Le tenés miedo al agua como los gatos ¿o te perfumás con comadreja?

Juan aguanta.

Tapecito: Semejantes dientes ¿qué te dan de comer en tu rancho? ¿Milanesa de cuero te dan?

Juan aguanta

Tapecito: Semejantes crines ¿te las cortan a guadaña a vos...?

Juan quieto.

Irupecita: Dejalo tape, no ves que no se defiende... Es más fuerte que él. No puede y no puede.

Tapecito: Demás alcahuete...

Van volviendo a sus pupitres decepcionados. Antes de acomodarse en su banco el tapecito se vuelve e intenta por última vez.

Tapecito: Decime Juan una cosa... Si ni parecido sos a tu padre finado... Si ni parecido a tu madre la rara... ¿No habrá andado un pata'e lana por el rancho tuyo?

Juan se contiene.

¿Algún hachero pisador, caú de vinito le habrá caído en la siesta en la cama a esa pobre?

Juan se contiene a duras penas.

Vaya a saber de quien añá sos hijo, Darién...

Con el bramido del agua de un dique que se rompe Juan estalla. Es tan fuerte el rugido que todos quedan paralizados. Juan se pone de pie y en un solo movimiento limpio lo levanta al tapecito del cogote. Se aterran. Juan quiere hablar pero en cambio brama. Lo sube. Y lo sube más. Hasta el techo. Lo está por estrellar contra el suelo cuando se abre la puerta y regresa la señorita que queda alelada también.

Señorita: ¡Juan! ¡No!

Juan la mira desafiante, ruge y no obedece.

Señorita: Juan... Desgracia ha habido, Juan... En tu casa... Desgracia. Mejor que vuelvas al rancho enseguida...

Juan: Ay no... La promesa rompí... Ay no...

Juan confundido baja al tapecito y como mareado sale corriendo hacia su casa. Vemos su sombra correr por el sendero.

En el aula la maestra tartamudea.

Señorita: Queridos niños... Niños queridos... Criaturas... Va a haber que quererlo mucho al compañerito, eh... Va a haber que cuidarlo al niño Darién. Al niño Darien se le ha muerto la mamita

esta mañana. Un síncope. Un ataque. Todavía no lo vimos en anatomía... Un... Un... Ya lo enseñaremos a su tiempo cuando llegue la hoja del Manual Estrada... Va a haber que quererlo mucho, va a haber ¿saben...?.

ESCENA IV

En patio del rancho Juan, con banda de luto en la manga, llora junto a Anaconda.

Juan: Fui yo. Yo fui. Por mi culpa fue...

Anaconda: Ganas de lastimarte que tenés, gurí...

Juan: Me lo hizo prometer. Que jamás iba a pelear sucediera lo que sucediera. Nunca jamás. Que era importante me dijo. Y yo rompí la promesa. Por eso se me murió. Fui yo. Yo fui. Por mi culpa fue. Como fiera me porté...

Anaconda: Ninguna culpa has tenido. Pero ahora que ella no está bueno será que sepas algunas cosas...

Juan: ¿De ella?

Anaconda: De vos.

Juan: ¿...?

Anaconda: Pocas fieras más hermosas y más fuertes que el tigre, Juancito...

Juan no entiende. Aguarda.

Anaconda: Ninguno en el monte, pero ninguno de los tantos algunos que hay en el monte tiene su fuerza, ni tiene su agilidad. Ni mucho menos su astucia. Preciosidad el tigre y con una dignidad que ningún animal le alcanza. Todo orgullo el tigre y fijate, nunca es orgulloso.

Juan: ¿Y entonces?

Anaconda: Tan seguro de su fuerza que ni pelear necesita. Un golpe de garra en el lomo, las fauces apretando la nuca y se le rinde el animal más poderoso. ¿Lo ha entendido?

Juan: Sí. Pero...

Anaconda: Pero no hay, compañero. Eso nomás. Que no lo olvide. Que nunca lo olvide. Que lo va a necesitar.

Juan: No entiendo.

Anaconda: Entenderás. Ahora ya sabés. Guardalo. Los hombres tienen siempre gula de entender. Entender todo junto al mismo tiempo quieren. Por eso se atragantan, nausean y andá vos a preguntarles qué entendieron. ¿No tenés chorizo seco en la fiambra para comerlo en un tiempo? Los saberes también se guardan para cuando hagan falta. Guardalo al fresco a éste que te va a hacer falta. Pronto, quizá demasiado pronto te hará falta el saber.

Juan: Hablás como loca, pitón.

Anaconda: No. Como pitonisa...

Juan entra murmurando a su rancho.

Juan: Todo orgullo... pero orgulloso no...

Anaconda: Juan... **(Juan se detiene)** Y no dejés de buscar el salto de agua, Juan...

**Anochece en el cielo y vuelve a amanecer. Y otra vez la noche y otra vez el día. Y así.
Anaconda ahora sobre los árboles más altos.**

Anaconda: Días y días y ha llegado diciembre. Pobre vida la del pobre Juan... Más solo que antes todavía. Hablando solo. O con una anaconda, pobre loco dijeran si lo vieran... Comiendo solo. Durmiendo solo. Y llevando solo cada día un ramo de azucenitas del río a la tumba de su madrecita muerta. Un niño bueno de cuento, Juancito Darién.

Allá en las sombras Juan deja sobre una tumba su ramito de flores.

Anaconda: Pero diciembre ha llegado y con diciembre la gran calor. Y llegan con la calor las plagas. Llegan a picar los zancudos a la ciénaga. Y al río el dientudo piraña, hambriento de cache carnosos, de gentes que se bañan sin ropa. Y a quemar llegan las gatas peludas y a comerse a las hojas del ceibo. Y con las plagas llegan los circos, de paso hacia Posadas...

A un lado de la ciudad comienza a levantarse la gran carpa del circo.

Y con las plagas y el fin de las clases, llegan a la escuelita los inspectores de ministerio...

ESCENA V

En el aula. Los niños, la señorita maestra y el señor inspector. Alto, atildado y con un pañuelito con colonia en la mano que huele cada tanto.

Señorita: Y todo sexto grado se pone de pie para saludar al señor inspector que ha llegado de la capital en el día de la fecha.

Los chicos se paran y saludan a coro

Los niños: ¡Buenos días señor inspector!

Inspector: Continuar...

Los chicos se sientan.

Inspector: El gusto es mutuo, señorita maestra.

Señorita: Un honor recibirlo, ¿señor...?

Inspector: Inspector. Yo no soy. Cómo decirlo... Yo represento, señorita. Ha llegado el ministerio no sé si me hago entender...

Señorita: Correctamente.

Inspector: Si me expreso...

Señorita: Supera los objetivos, por favor... **(Por el pañuelo)** ¿Resfriadito?

Inspector: Puro gusto... Un toque... Colonia. Refresca. Y transporta. **(Se lo extiende)** ¿Gusta?

Maestra: **(Oliendo)** Fragancia...

Inspector: La Franco Inglesa. La perpetua Franco Inglesa.

Maestra: Lo que es la capital...

Inspector: Pero no es a costumbrismos que ha venido el ministerio. Y después del almuerzo frugal debo partir en ferrocarril de regreso.

Maestra: Qué bonito lo dice...

Inspector: Se agradece... Así que veremos en el aula el nivel alcanzado. No se turbe ni se amedrente: soy de la capital pero sé comprender bien las realidades de tierra adentro... O de campo afuera... Nunca se muy bien donde ponerlos a ustedes...

Comienza a pasearse entre los pupitres.

Maestra: Puedo entregarle la lista. Acá dactilografiamos...

Inspector: Ni falta que hace. Déjeme fluir.

Maestra: Está en su casa...

A Irupecita.

Inspector: A la mocita rubicunda...

Irupecita se pone de pie.

Inspector: Geografía cercana, vamos a ver. Contéstele al ministerio. Del Paraná afluentes. Con cuatro aprueba y más de seis son aplausito.

Irupecita: Guayquiraró, Feliciano, Nogoyá y Pavón. Paraná Ibicuy, Bravo y Guazú. Las Conchas con perdón, Victoria y el Miní.

Inspector: **(Aplausito)** Diez... Le faltó el arquero. Un chiste...

Le alarga el pañuelo.

Inspector: Olé que bonito. Olor a la capital.

Sigue su paseo y se enfrenta a Juan, cabizbajo como siempre.

Inspector: ¿Y este muchachito cariacontecido? Levanta la frente como dice el tango. **(Juan obedece. Inspector se perturba con su mirada)** Caramba... Caramba...

Maestra: **(A Juan, disimulada)** De pie...

Juan se para nervioso.

Inspector: ¿Cómo es su gracia?

Juan: **(Tartamudea)** Juan... Juan... Da... Darién...

Inspector: Muy bien joven Darién vamos a ver como representa a la institución. Contéstele al ministerio. El rombo es un polígono que tiene los ángulos iguales dos a dos. ¿Cómo son los ángulos del rombo...?

Juan: Yo... Yo...

Inspector: El yoyó es un juguete del párvulo, señor Darién. ¿Lo sabe o no lo sabe...?

Juan calla.

Inspector: Tiene dos angulos que son a... a... a...

Juan: A...

Inspector: Ag... Ag...

Juan: Ag...

Maestra: **(por lo bajo)** El niño no es de muchas luces pero es aplicadito, señor.

Inspector: Aggg... Aggg...

Juan: ¡Aggggg! ¡Aggggg...!

Inspector: ¿Me gruñe señor Darién? Con esos ojos y ese gruñido parece una fiera. **(Todos los niños festejan ruidosos. Juan a punto de llorar)**. ¡Aggggu-dos, Darién! Dos ángulos agudos y dos ángulos obtusos. Obtusos igual que usted...

Inspector le clava el índice en el pecho. Juan lentamente alza la mano aferra la del inspector y la saca de allí. Inspector se resiste como puede pero la fuerza tremenda de Juan lo vence. Juan apoya la mano de inspector en el pupitre y se sienta con un rugido. El inspector ruborizado, humillado.

Inspector: ¿Quién es este niño, señorita? ¿De dónde ha salido este niño? Este niño no es normal.

Maestra: Lo ha criado al borde de la selva una mujer que ya ha muerto. Vive solo en el rancho donde empieza el monte. Pero nadie sabe a ciencia cierta de dónde ha venido.

Inspector: Criatura extraña, muy extraña... Y digo criatura y no pienso en niño. Esos gruñidos, el pelo áspero como paja brava y el reflejo verdoso de esos ojos en la sombra. Este alumno oculta algo, señorita... Es evidente. Este alumno es peligroso. ¿Nunca...?

Señorita: **(Turbada)** Bueno... Una vez...

Inspector: ¿Sí...?

Señorita: Atacó a un compañerito. ¡Pero lo habían puesto muy nervioso!

Inspector: Hay que aclarar las situaciones de los menores antes de que pasen a mayores...

Inspector vuelve a enfrentar a Juan.

Inspector: Muy bien... Muy bien... Me dicen que le gusta la selva ¿es así caballero?

Juan: Sí.

Inspector: Bueno... Ya que no dominamos geometría vamos a un juego de ciencias naturales.

Juan: Sí.

Inspector: Cierre los ojitos y tranquilícese. Olvídense del mal trago. Cierre esos ojitos... Pienso en la selva y me calmo... Pienso en la selva y me calmo... Y me calmo... Ay que linda la selva... Y me calmo más... **(Juan imaginando la selva entra en seguida en estado plácido)** Muy bien... Muy bien... Imagino ahora las hojas suavitas del... del... ¿cuales son las hojas más suavitas de la selva, Juan, pero las más suavitas de todas?

Juan: **(Plácido)** El lapacho...

Inspector: El lapacho, muy bien... Están altas las hojas del lapacho... Te has trepado alto, travieso...

Juan: Suavitas...

Inspector: No cualquiera puede trepar a un lapacho... Bajamos del árbol ahora y qué vemos... Qué vemos muchacho...

Juan: Agua. Un salto de agua...

Inspector: Una cascadita, muy bien... Corremos hacia la cascadita. Fresquito el arroyo...

Juan: Fresquito...

Inspector: Las cuatro de la mañana figurémonos son, poco antes del alba. Hemos terminado de comer unas carnes, por ejemplo... estamos en la selva, en la oscuridad... Delante nuestro el arroyo... ¿Qué ve?

Juan Darién se estremece, y con voz lenta, como si soñara, murmura:

Juan: Las piedras que pasan y las ramas que se doblan... Y el suelo... Y las hojas secas aplastadas sobre las piedras veo...

Inspector: Las piedras, claro... Y las hojas que pasan: ¿a qué altura las ve?

Juan calla.

Inspector: ¿A qué altura?

Juan: Sobre el suelo... Rozan las orejas... Y hay hormigas... Y las hojas sueltas se mueven con el aliento mío... Y siento... la humedad del barro... en...

Juan se corta.

Inspector: ¿En dónde? Vamos... ¿Dónde siente la humedad del agua?

Juan: En...

Inspector: ¡Vamos digalo...!

Juan: En... En... **(Con voz ronca y abriendo los ojos espantado)** ¡En los bigotes!

El aula se estremece. Los chicos se apartan asustados.

Inspector: El ministerio ha concluido su labor. Más claro échele agua. **(Aparte, a la maestra)** Licántropo, hombre lobo, Perro negro. Lobisomem diría el brasileño. Sólo que acá cruza tigre.

Maestra: Pero no... ¿Cómo Juancito...? Nuestro Juancito...

Inspector: Runaturunco o Yaguareté- Abá se da por decirles. ¿Se da cuenta del riesgo...?

Señorita: ¿La... integridad de los niños dice usted?

Inspector: Y del cargo, digo yo. Señorita docente un problemita con los niños es carpeta y al lunes que sigue suplente.

Señorita: Yo... Yo...

Inspector: El yoyó es juguete del párvulo.

Señorita: ¿Y qué hago yo?

Inspector: Muerto el perro negro se acabó la rabia. Figuradamente, digo. Y no me haga hablar que la cuestión acá supera al ministerio. Gentes hay especialistas en el asunto. Busque y busque que habrá de encontrar. Y ahora al hotel al almuerzo frugal, que pierdo el ferrocarril vía a la Capital... Hasta el año entrante, Dios le conserve la vocación, muy felices vacaciones y si va por la capital recuerde: Colonia La Franco Inglesa.

Sale.

Juan sentado inmóvil en el pupitre. Los compañeros lo rodean asustados a cierta distancia.

Juan: ¿Qué tengo yo...? ¿Qué tengo...?

ESCENA VI

Anochece sobre el pueblo. Luz en cada casita. La noticia ha corrido como inundación. En

cada casa se habla de Juan.

- Un peligro. Peligro ese muchacho. Yo no lo quiero al lado del mío, eh. No señor...
- Se les entigró en el aula... Propiamente entigrado el muy fierita.
- Ya decía yo... Si basta mirarle los ojos esos... Largan barbarie, largan...
- ¿Y quién me paga a mí si me lo daña al gurí?
- Zarpazo al brazo le dio al inspector.
- Y después de vuelta mansito. Taimado... Nos viene engañando... Nos toma para el churrete...
- La institución... Cartas en el asunto, la institución...
- Demasiados miramientos la institución... Tiquismiquis... Ay, el niño, ay el niño... ¡Al niño mío mirámelo, institución!
- Acá, cuando reaccionen ya puede haber un muerto.
- ¡La boca se le haga a un lado!
- ¡Ni lo diga!
- Menor, encima, ni un día dura preso...
- Entran por una puerta y salen por otra, señora.
- Más vale prevenir que curar...
- Curarse en salud..
- ¿Y nos vamos a quedar de brazos cruzados?
- Alguien tiene que saber qué hacer.
- Alguien tiene que entigrarlo y una vez entigrado, ¡Ñácate!
- Alguien que lidie con fieras, que nos diga...
- ¡El circo! En el circo... El domador...
- El domador...
- Amaestrador...
- ¡Amaestrador, ahí está, una maestra de las fieras... ! Eso hace falta...
- Al circo... Sin perder tiempo...
- Que el tiempo es oro...

- Al circo... Al circo...

Se han ido prendiendo antorchas en la puerta de cada casa y como una procesión siniestra parten los padres del pueblo a buscarlo a Juan.

Cantan:

Diente por diente
la biblia proclama,
pero eso es tragedia,
eso es un drama.

Ojo por ojo,
lo afirma la ciencia,
es empezar
la espiral de violencia...

Si esperás perder un ojo
o esperas perder un diente
sos cobarde sin arrojo.
o sos un ciego inocente.
Si todos somos iguales
no hay nada acá que temer.
Por eso hay que proteger
al igual de el diferente

Ni ojo por ojo
Ni diente por diente
La culpa siempre es del diferente.

Ni ojo por ojo
Ni diente por diente
Acá al que hay que darle es al diferente.

En el rancho Juan come frente a una velita. El piquete llega a la puerta y se detiene temeroso. Algunas voces empiezan a llamarlo dándose ánimo entre sí.

¡Juan! ¡Juan...! ¡Salí Juan Darien!

Juan sale al patio a recibirlos. Todos se retroceden silenciosos observando al tigre posible.

Juan: (Con su vocesita tímida) Adelante gentío, esta es su casa...

Les basta verlo así de inocente y se le tiran encima sin perder tiempo. Lo atan de manos y de pies y con una vara lo cargan como a chancho.

Juan: ¿Qué hice yo? ¿Qué tengo yo?

Sin reponderle marcha la procesión hacia el circo.

Ni ojo por ojo
Ni diente por diente.

No hay diferente que sea inocente.

No te dejes ganar por la duda
No dudes si lo merece.
Que aquel que pega primero
es el que pega dos veces.

Ni ojo por ojo
Ni diente por diente.
Acá al que hay que darle es al diferente...

ESCENA VII

En el circo. El piquete rodea al domador.

Domador: (**Grandes botas de charol, levita roja y un largo látigo en la mano**) *Viéndolos llegar pensaba / el cartelito pondré, / qué espectáculo daré, / que noche de pista plena, / que esta muchedumbre llena /Vermú, Noche y Matiné...* (**Saluda**) No se asombren por las dotes, sí, antes de domador fui payaso verseador. El circo es de los múltiples. Payaso criticador y poeta he sido. Payaso de mierda, perdón el exabrupto. Así me decía alguna gente que me quería mal. Mala gente. Payaso de mierda... La gente quiere que le critiques a los poderosos. ¿Porqué? Envidia. Yo no. Hablaba bien de los vigilantes: ¡Payaso de mierda! Hablaba bien de la ley y el orden: ¡Payaso de mierda! Y antes de traicionar a los ideales preferí hacerme domador. El domador es todo orden y ley. Por eso el uniforme... Pero pasen... pasen... No importa que no vengan a función. Veremos si puedo serles útil. Entiendo que sospechan que el muchachote emperra...

La Señora Cooperadora se adelanta del grupo a hablar con él. Cocorita de tacos como suelen serlo. Trae en las manos una pequeña cajita con llave.

Cooperadora: ¡Entigra...!

Domador: Entigra... Más fino. Es muy sencillo de comprobarlo. Pero muy pero muy sencillo...

Domador espera la oferta. Larga pausa incómoda.

Domador: Muy sencillo...

La empujan a la señora a acercarse.

Cooperadora: Bueno... Como presidenta de la Cooperadora dispongo de algunos fondos, caja chica digamos, ínfima si debo serle sincera, que si usted colaborase, si usted consiguiese que el muchacho entigre... Que se compruebe, usted entiende, porque así con ese disimulo infantojuvenil que manifiesta nosotros no podemos de ninguna manera... No podemos...

Domador: Ver para creer.

Cooperadora: Usted lo ha dicho: Ver para creer.

Domador: No, yo, digo ver la cajita, no sé si...

Cooperadora: Ah, cómo no, cómo no.....

Abre la cajita y le muestra el contenido. Domador asiente disimulando el entusiasmo.

Domador: Si es lo que se puede es lo que se puede... **(Le hace una seña delicada y la señora en pago pone la cajita sobre su banquito de domador)** Bien. Bien... Sabrán que todo domador tiene siempre sus asistentes. Su guardia digamos... Y si hay alguien que entiende de tigres, si hay alguien que no puede equivocarse es justamente la mía.

Cooperadora: ¿Ah, pero entonces usted no...?

Domador: Confien. Desaten al palurdo y pónganmelo entre rejas. Desde acá se le ven ya las rayas abajo la piel... **(Llama)** ¡Atila! ¡Satán!

Dos mastines tremendos llegan corriendo como caballos y se paran fieros junto a su dueño.

Domador: No hay olfato más fino, más delicado para reconocer a la fiera. Bastará introducirlos en la jaula con el patán.

Cooperadora: ¡Ah, no no no...! ¿Y si muerden al niño?

Domador: Es porque es tigre.

Cooperadora: Ah. Ahora sí... Ahora sí.

Domador se acerca a la jaula conteniendo a duras penas a los mastines de sus collares. Gruñen terribles. Los vecinos se acercan. Juan retrocede contra las rejas. Domador abre cuidadosamente la puerta y los perros entran avanzando acechantes con todos los dientes a la vista. Lo rodean a Juan. Se acercan más. Y más. Y más. Están a unos centímetros de sus piernas. Lo huelen y de pronto empiezan a agitar las colas en señal amistosa. Juan buenaso como es los palmea y los mastines se deshacen en fiestas.

Domador: Pero qué... Pero qué... ¡Cacha Satán! ¡Cacha Atila!

Los perros empiezan a ladrar contentos.

La Señora Cooperadora se acerca a la cajita y vuelve a alzarla con fastidio.

Cooperadora: Permiiiiiso.

Domador: **(La ve)** No, no... Por favor... ¡Cacha Satán! ¡Cacha!

Los vecinos se decepcionan. Domador desespera. Los vecinos empiezan a retirarse y domador los sigue tratando de retenerlos.

Domador: A ver... A ver... A ver...

Cooperadora: ¿Y si les cambia el nombre? Colita y Pompón pongale a los pichichos...

Domador: ¡Momento, momento! A los perros puede engañarlos pero a mí no. ¡Te veo las rayas bajo la piel robada al hombre, tigrecito! Vamos a ver si las mostrás o no.

Haciendo chasquear el látigo siniestro se mete en la jaula. Los vecinos vuelven alentando

entusiasmados. La Señora Cooperadora reacciona.

Cooperadora: ¡No, no! ¡Con el látigo no, caballero!

Domador: ¿...?

Cooperadora: ¡Daña...!

Domador: ¿No sangra al sacar la muela cariada? ¿La uña encarnada? No tome esto como un daño, señora cooperadora. Tómelo como una operación. Una delicadísima operación.

Cooperadora: Hubiera empezado por ahí...

Cooperadora moviendo la cabecita vuelve a depositar la cajita en el banquito y domador hace chasquear el látigo con violencia.

Domador: Acá no hay lugar para disfraces, Juan Darién. No es tiempo de carnestolendas... ¡Mostrá las rayas! ¡Mostrá las pintas! ¡Mostrá las manchas!

Arrinconado contra las rejas Juan recibe uno tras otro los latigazos en la espalda. Una tormenta de azotes. Intenta defenderse pero el látigo es implacable.

Domador: ¡Sacá las rayas... ¡Sacá al tigre...!

Juan: ¿Que hice yo? ¡¿Que hice?!

Recibe los azotes con rabia creciente. La pequeña multitud se enfervoriza y alienta:

- ¡Mostrá las manchas Darién!
- ¡Mostrá las pintas!
- ¡Sacá al tigre!
- ¡No te hagás pegar al cuete y mostrá las rayas!

Juan recibe la lluvia de latigazos.

Juan: ¡¿Qué hice yo?! ¡¿Qué tengo yo!

Azotes y más azotes hasta que lo consigue: Juan estalla. Con un giro rápido, un giro imposible de esos que solo los tigres son capaces de dar, esquiva a domador le agarra el látigo y se lo arranca de un tirón. Ruge y de un zarpaso en la espalda lo arroja contra las rejas. Domador aterrorizado alcanza a salir de la jaula y la cierra por fuera. Los vecinos aullan.

- Hay que ser tigre, eh... Pedazo de tigre hay que ser para semejante voltereta...
- La fuerza animal del zarpaso ese... ¡Bruto tigre venía a ser, miralo vos al mosquita muerta!
- Se confirma acá todo el sospechaje...

Juan: ¡¿Qué tengo yo de tigre, eh?! ¡¿Qué tengo de tigre yo?! ¿Es voz de tigre la mía? **(Se saca**

desfiante la camisa) ¿Es cuerpo de tigre este cuerpo mío?

El torso de Juan está completamente surcado de latigazos.

Domador: ¡Las rayas! ¡Mírenle las rayas! ¡Aparecieron las rayas al fin!

Todos: ¡¡Ahhhhhh!!

Juan: ¡Latigazos son!

La multitud:

- ¡Las pintas!

- ¡Las rayas!

- ¡Las manchas!

- ¡Las manchas y las mañas! ¡Qué duda puede quedar ahora!

- ¡Sacaste al tigre de adentro al final, Juan Darién!

- ¡Ahora sí podemos darle merecido!.

- ¡Correctivo! ¡Correctivo!

- ¿Pero quien la saca ahora de ahí adentro a la bestia?

¡Al río! ¡Al río el carromato! Como gatitos en la bolsa. ¡Al río con jaula y todo!

¡Al río, sí!

Avanzan hacia el carromato.

Domador: ¡No, no, no! Conciencia, turba... Conciencia y sensatez... Y propiedad que la jaula es mía... ¿Se... se lo quieren sacar de encima al fenómeno? Bueno, acá en el circo no hay monstruo, quimera ni engendro que sea mal recibido. Acá al monstruo se le abren las puertas...

Los vecinos murmuran molestos.

Domador: ¡Pero después se le cierran, claro!. Entendamonos... Enrejado el bicho para tranquilidad de todos... Enrejado de por vida...

Hay un cotorreo entre los vecinos exitados que se consultan. Luego:

Cooperadora: Bueno, considerando... A una Cooperadora siempre, los fonditos... **(Señala la cajita)**

Domador: Ah, no, pero... pero...

Los vecinos avanzan hacia el carromato.

Domador: Como digan, como digan, el pueblo es soberano...

De mala gana el domador le devuelve la cajita. Los vecinos contentos se retiran comentando. Antes de salir la señora Cooperadora, cocorita, se vuelve unos pasos:

Cooperadora: Caballero... Delicadeza le pido con la criatura... Será lo que será pero no deja de ser una criatura...

Ahora con la conciencia tranquila se van todos comentando ruidosamente la experiencia. Domador se acerca a la jaula.

Domador: Linda criatura sos sí. Linda criatura sos, bicho...

Juan furioso le responde con un gruñido. El domador hace chasquear el cuero.

Domador: Hoy mismo empezaría el amansado, pero tengo duro el brazo de tanto azote. Y voy a necesitarlo sanito.

Juan ruge.

Mañana, me mostrás tu tigre, Juan. Mañana sí que me lo mostrás... ¿Arden los correazos? Mañana cuando empiecen a secar van a doler más... Ahí sí van a doler.

Va saliendo.

Bienvenida criatura al American Circus de Fieras y Fenómenos. Bienvenido a la familia...

Sale.

ESCENA VIII

Amanecer. La pista del circo en la bruma espesa, misteriosa. Juan se mueve en la jaula como una fiera encerrada. A veces en cuatro patas. Sus movimientos son cada vez más animales. Unas sombras espectrales se asoman detras de un teloncito. Juan las descubre receloso: Un hombre diminuto, casi un muñeco; dos cuerpos regordetes unidos por la cadera y una mujer de cuerpo escultural que al girar muestra en su sombra una larga barba. Sus movimientos inquietos y singulares dan la imagen de una rara coreografía. Giran, se chocan. Se van acercando fantasmales. Juan retrocede. Una vocesita desde esas sombras:

Hombre rata: No te cagués criatura que para cagados estamos nosotros. Tigre semejante sí que no teníamos visto en la vida de Dios...

Unas risitas estrafalarias. Se acercan a la jaula y de a poco se los divisa.

Mujer barbuda: Menuda musculatura el barcino...

Siamés albino uno: Para los latigazos, no rascarse ni que pique ni que arda...

Siamés albino dos: No sacarse nunca con la uña la cascarría...

Siamés albino uno: Nunca... Y mearse la cicatriz cada mañana que no hay remedio mejor...

Ahora se los ve al fin.

Hombre rata: La troupe en pleno del American Circus le da al hombre tigre la cordial bienvenida. Y la veloz despedida.

Se acercan tropezando. Juan asombradísimo.

Mujer barbuda: Cerrá la boca que te va a anidar un zorzal.

Siamés albino uno: Y no la volvás a abrir que el fulano se despierta de nada...

Siamés albino dos: Y despierto y caliente ahí te quiero ver felino..

Hombre rata: Rato largo hace que esperamos a que se duerma.

Siamés albino uno: Cinco litros hace...

Juan: ¿Para qué?

Mujer Barbuda: Para abrir la jaula.

Juan: ¿Qué me van a hacer?

Mujer Barbuda: Soltarte.

Juan: ¿A mí?

Mujer Barbuda: No a Facundo Quiroga el Tigre de los Llanos... ¿Quién está en esa jaula?

Juan: ¿Pero... porqué?

Hombre rata: Si seguís preguntando nos amanecemos, fiera...

Siamés albino uno: Las picadas ya las conocés. La primera que encontrés corrés selva adentro.

Abren la jaula. Juan sale rengueando dolorido.

Siamés albino dos: Los latigazos seguirán doliendo pero por nada del mundo te parés. Donde descubran que no estás te suelta los mastines. Y así entigradito como te estás poniendo, ¡criatura!, no van a mover la cola, no...

Mujer barbuda: Ahora corré. ¡Juira gato!

Juan se empieza a alejar pero se detiene. Regresa.

Juan: Mi mama me enseñó alguna vez: por favor y gracias. Entonces gracias. Gracias. Se las debo por la gauchada. Una grande les debo que ojalá alguna vez se las pueda pagar. Y el por favor se los pido antes de irme: díganme porqué lo hacen.

Hombre rata: Caprichos beodos del petit comité de los fenómenos, gato. A tomar cerveza nos pusimos y a la quinta litrona salimos de murga a buscar la llave.

Mujer barbuda: A un paso selva adentro el tigrecito tiene manada, decía este llorón. Si corre como pelea, mañana está con los gatos suyos... Bruto calor en este pueblo irredento. Brindamos con la quinta chela y lo metimos al chiquito por la banderola de la casilla, a por el llavero. El problema ahora va a ser embocarlo de nuevo.

Siamés albino uno: Y dejá de agradecer que te va a agarrar el día. Cuando puedas, no te olvides, le prendés una velita a Santa Chela. ¿Tienen velas los tigres en la selva compadre rata usté que es de saberlo todo?

Se boxean un rato. Juan vuelve a encarar la salida. Se vuelve una vez más.

Siames albino dos: Buá, si se va a quedar salimos a comprar otros cinco vidrio, amigo.

Juan: Una sola cosa más: Si ustedes, así... Ustedes son, no sé... Así...

Hombre rata: Fenómeno acá no ofendés...

Juan: ¿Porqué no se escapan también...?

Un silencio. La mujer barbuda se le acerca de pronto conmovida.

Mujer barbuda: Porque... en ninguna selva del mundo hay manada de mujer barbuda, changuito.

Hombre rata: Ni tribu de hombre rata...

Siamés albino uno: Ni bandada blanca de siamés albino. Nosotros somos diferentes sin remedio. Siempre seremos sin par, gato. Y en este mundo el diferente o es fenómeno o es enemigo. Vos, solamente estás en el lugar equivocado...

Siamés albino dos: En el lugar equivocado. Así dijo la comadre acá destapando la chela cinco. Y lo levantamos a la banderola al gentecita éste...

Hombre rata: ¡Y corra de una vez gurí pelotudo que hay que devolver el llavero y estos ya no me embocan ni en el portal del cielo!

**Juan huye dolorido y rengueando.
Los cuatro borrachitos se ponen a llorar.**

ESCENA IX

Un claro en lo más profundo del monte. Tinieblas. Juan trastabillando agitado cae al pie de un árbol. Multitud de ojos iluminados a su alrededor lo acechan, lo rodean. Se siente de pronto rodeado de presencias desconocidas a las que apenas alcanza a ver. Chillidos, susurros y chistidos. Está asustado. Intenta huir pero descubre que está rodeado.

Juan: ¡No... No... me... no hago daño yo! Yo soy... Yo soy... Pueden preguntarle por mí a... a Anaconda, Anaconda me conoce, ahí está, ¡pregúntenle a la pitonisa por Juan Darién! Juan Darién soy...

Un atronar de raras carcajadas se escucha desde la penumbra.

Tigre viejo: Achine los ojos, “Juan Darién” **(Risas)** Si no achina sigue cieguito, mi gaucho... Cuando los gatos queremos ver lejos achinamos ¿o no tiene visto gato usted?

Poco a poco se empiezan a distinguir las formas de las plantas y los árboles. Y entre ellos varios pájaros, y algún mono que se balancea en una rama, y una tortuga en el suelo que se mueve lenta, y una comadreja altiva que se esconde al verlo. Juan achinado empieza a ver en su selva. Vuelve a ver en su selva. Unas piedras, unas enredaderas y a unos metros observándolo divertidos dos tigres enormes. Los más hermosos yaguaretés que alguna vez haya visto. Atrás el resto de la manada merodea. Y más atrás todavía, entre las sombras de la selva, una bellísima caída de agua entre helechos.

Tigra: ¿Va viendo mejor, “Darién”? **(Risas)**

Tigre viejo: ¡Juan Darién! ¿Pero y desde cuándo los tigres tenemos nombre acá, digamé? Un tigre, hermano, será siempre tigre. Un tigre será Jaguar o Yaguareté. Podrá ser Uturunco o será Nahuel un tigre... Onza Pintada será norte arriba ¡Pero Juan Darién...!

No pueden parar de reír. La manada ríe y Juan se ve por primera vez tan tigre como ellos. Juan ríe también repitiendo su nombre. Encandilado se acerca a la cascada allá atrás en las sombras, se saca las últimas ropas de hombre y desnudo, riendo y trastabillando emocionado se mete bajo el gran chorro.

En lo alto de los árboles Anaconda ronda.

Anaconda: Día tras día los golpes y las heridas se fueron curando. El agua del salto de cristal, ese que a la selva llega desde monte arriba fue durmiendo con su frío aquel dolor. Día tras día el agua fue haciendo de aquellos azotes cicatriz. Día tras día se fue volviendo más y más tigre. Y saltando como tigre aprendió a tirarse desde la barranca más alta. A cruzar nadando las aguas furiosas del gran río, a pescar a zarpazos desde su orilla. Y a luchar por puro gusto con otro tigre, que es algo que los tigres disfrutan sin odio, sin rencor alguno, sin otra razón que el gusto sano de luchar. Día a día Juan fue saliendo del chorro más y más tigre...

Allá en las sombras, de entre las aguas de la cascada aparece Juan. Ruge empapado y se revuelca a los zarpazos con otro yaguareté de la manada. Son como cachorros jugando y son a la vez terribles. Y bellos. Se acerca hacia el claro de la escena anterior y entra ahora en él. La metamorfosis es evidente. Es Juan, pero ya es tigre. Salta a lo alto de una roca a secarse al sol. Se acuesta se queda pensativo mirando hacia el sendero por el que llegó. El tigre viejo se le acerca.

Tigre viejo: ¿Se está despidiendo del pueblo?

Juan: Miraba nomás...

Tigre viejo: Mañana partimos selva adentro. Remontando el río. Aprietan los calores acá y marchamos al oscuro. A la espesura. Al monte cerrado. Allá nos separamos, gurí. Los tigres somos buenos un tiempo para andar en manada. En celo un ratito somos buenos, sí, pero un ratito nomás... ¿Venís... o volvés...?

Juan: Doce años viví entre los hombres, como un hombre mismo. Y soy casi un tigre.

Tigre viejo: Tigre entero...

Juan: **(Niega)** No. Los recuerdos del pueblo, los dolores que pasé en ese pueblo, la lengua de los hombres que la sigo hablando y las manos que no se me terminan de volver garra...

Tigre viejo: Y el defecto de pensar como hombre: el hombre ve al otro en lo que el otro parece. Los tigres en lo que el otro siente. Si te sentís tigre acá tigre sos.

Juan: Por'ái pueda alguna vez borrar esas manchas de hombre. Sus pintas. Hermano: esta noche rompo el último tiento que me ata al pasado... Si no rompo ese tiento no puedo partir.

Tigre viejo: Aquí estaremos partiendo mañana con el primer sol.

Se empujan bruta y amorosamente como suelen empujarse los jaguares. Se tiran unas dentelladas. Y el tigre viejo se vuelve hacia la manada. Juan emprende el camino por el sendero hacia el pueblo. La manada se acerca a mirarlo partir.

ESCENA X

En el circo. La escena nuevamente junto a las jaulas. Cabizbajos frente al domador que chasquea el látigo alterado, los fenómenos de la troupe soportan la diatriba.

Domador: Estrafalarios de la cabeza son ustedes, exóticos de acá, son... ¡De acá! Estoy seguro. Te lo firmo de que ustedes lo ayudaron a escapar, mugrientos. ¿Y ahora me piden comida? ¡Tenemos hambre... Tenemos hambre...! ¡Al entigrado pídanle comida! Todo un espectáculo era ese entigrado. Y joven ¡Joven! ¡Algo joven al fin para vender! Mirense: cuatro fenómenos gastados... ¡Qué digo gastados, a punto de viejos! ¿Quién les daría techo y un plato si no estuviera yo? Al raro no lo quiere nadie. ¡Nadie! La gente le da vuelta la cara. Para eso están los circos, para que la gente pueda espiar a lo que le da miedo, al diferente... ¿Quién los miraría afuera?. Al diferente no lo quiere nadie y al viejo peor: porque además de feo no produce, no gana ¿Entonces para qué sirve un viejo?. Improductivo. Los viejos son los negros de la edad. Y a ustedes, estrafalarios y encima viejos ¿quién los iba a querer? Les doy la changa y así me la pagan: haciéndome el raro sublevado, haciéndome el monstruo rebelde... ¡Con politiquerías me lo pagan! Muy bien, entonces déjense de lloriquear por comida. Ya se los dije el día que me lo soltaron: acá se acabó la comida. ¿Están famélicos? ¡Vayan a buscarse la comida al monte! ¡Iguanas coman! ¡Cacen cuises ya que son el amiguito de la fiera! Acá se les terminó el changüí, raros... Ahora van a aprender cuántos pares son tres medias. ¡Acá van a conocer el rigor del patrón, sublevados!

Por detrás del domador aparece Juan. Los fenómenos retroceden.

Domador: ¡Eso... Tiemblen sublevados!

Le llama la atención la mirada de la troupe, gira y se encuentra cara a cara con el tigre. Con un rugido feroz Juan espanta al domador que cae al suelo indefenso.

Domador: **(Aulla retrocediendo)** ¡No! No... No... **(a la troupe)** ¡Ahuyéntenmelo...! ¡Espántenmelo...! ¿Estan sordos? Sueltenle a los perros... ¡Por favor...!

En silencio los fenómenos dan media vuelta y vuelven a sus carromatos.

Domador: ¡Nooo...! ¡Perdón, perdoname, Juan! ¡Pido perdón por todo! ¡Por todo! ¡Te pido perdón, Juan Darién por lo que hecho... Por lo que hago y por lo que haré...!

Juan: **(Avanzando hacia él con calma)** ¿Juan Darién? Aquí no hay nadie que se llame Juan Darién. No conozco a Juan Darién, yo. Nombre de hombre, ese. En el monte somos todos tigres. Tigres. **(Grita hacia el monte)** ¿Hay algún tigre allá que se llame Juan Darién?

**El eco le contesta lejano.
Domador intenta escapar.**

Juan: ¿Me pedías que saque al tigre? Acá lo tenés al tigre.

**Corre tras el domador salta sobre él y comienza a desgarrarle la ropa de un zarpazo tras otro. Tras la andanada el domador escapa entre flecos, entre hilachas.
Juan sube hasta una peña alta y atruena el espacio de rugidos.**

Juan: Siendo tigre llevé con honra la piel del humano. Veremos si siendo humano sos capaz de honrar hasta la muerte las rayas del tigre...

Domador regresa ensangrentado. Rayado de arañazos su cuerpo de arriba a abajo. Los fenómenos de la troupe lo espían.

Domador: ¿Qué miran monstruos? ¡¿Qué miran?!

Juan vuelve a rugir y Domador corre a refugiarse en la jaula. Una pequeña criatura patética.

Juan: **(Grita tremendo hacia el pueblo)** Tiemblen gentecitas, tiemblen, eh, que los tigres andan rondando. Cierren ventanas y puertas y desvélnense cuidando que al menor descuido tienen tigre adentro. Al bruto, al bárbaro, a la bestia, la tienen adentro. Al tigre añá. Revisen la cerradura diez veces y abajo de la cama revisen. Y duerman encerrados así se ahoguen del calor. ¡Tiemblen y castañeteen hasta que se les caigan los dientes, gentecitas, que en sus vidas ahora andan los tigres!

Otro rugido. Tras un árbol aparece Anaconda.

Anaconda: Ni esa noche, ni otra ni muchas más durmió nadie en el pueblo del odio. En el pueblo del rencor. Iban hasta la carpa a ver al domador ahora atigrado y volvían temblando. Rozaba una rama el techo, golpeaba el viento una chapa y agarrados al machete, al chumbo, al trabuco, esperaban a los tigres con los dientes apretados y las piernas también.

Antes de partir hacia la selva la manada buscó a Juan en los senderos. En un prado, junto a una crucecita armada con dos postes de alambrado, dos estacas de ñandubay, lo encontraron mirando largo la tumba de su madre. A un lado del muro lo esperaron en silencio.

ESCENA XI

Junto a una cruz de ramas sobre una lápida de piedra Juan se despide de su madre. Descubre en un rincón, junto a una tapia a los tigres de la manada que lo aguardan. Entonces:

Juan: Mama. Madrecita... Seré tu hijo siempre, pase lo que pase. Pero solo hijo tuyo. Nada le debo a los hombres y nada les quiero deber. Adiós, madrecita... Mama...

Desde la selva llega el estampido infundible de un tiro.

Juan: Es en la selva, madre. Son ellos. Están cazando, matando, cuereando.

Se vuelve entonces hacia el pueblo gritando:

¡Raza sin redención, ahora nos toca a nosotros! ¡A nosotros!

Se acerca a la tumba y allí donde tallado en la piedra se lee el “Aquí yace”, y el nombre de su madre escribe debajo en grueso carbón: Y JUAN DARIÉN.

Acá queda enterrado Juan Darién. Ya estamos en paz...

Lanza otro un rugido de desafío al pueblo aterrado que la manada replica una y otra vez.

Juan: ¡Tiemblen gentes que donde no ha habido respeto termina siempre habiendo miedo! Ahora, a la selva. ¡Y tigre para siempre yo! ¡Tigre para siempre, eh! ¡Para siempre!

Un último rugido aterrador.

La manada se retira lenta subiendo hacia el monte profundo. Se aleja hacia el horizonte. Llega desde la selva su batuque de ruidos acompasados.

Anaconda: Y acá termina la historia. Llega el oscuro. Y queda de la selva la música suya. Su música. Las historias de los hombres terminan con una canción, les gustan a los hombres las cosas que explican. Las historias de los animales terminan con música. Sola. Con musiquita. Los pájaros silbando, la cascada cantando, los bichos gritando, la selva es todo música. Manía que tiene el hombre por explicar. El bicho no explica. La selva no explica. La música no explica. Pero escuchando la música y pensando, cualquiera se puede explicar esta historia. Cualquiera que quiera, bah...

Baja la luz. La música queda. La música queda.